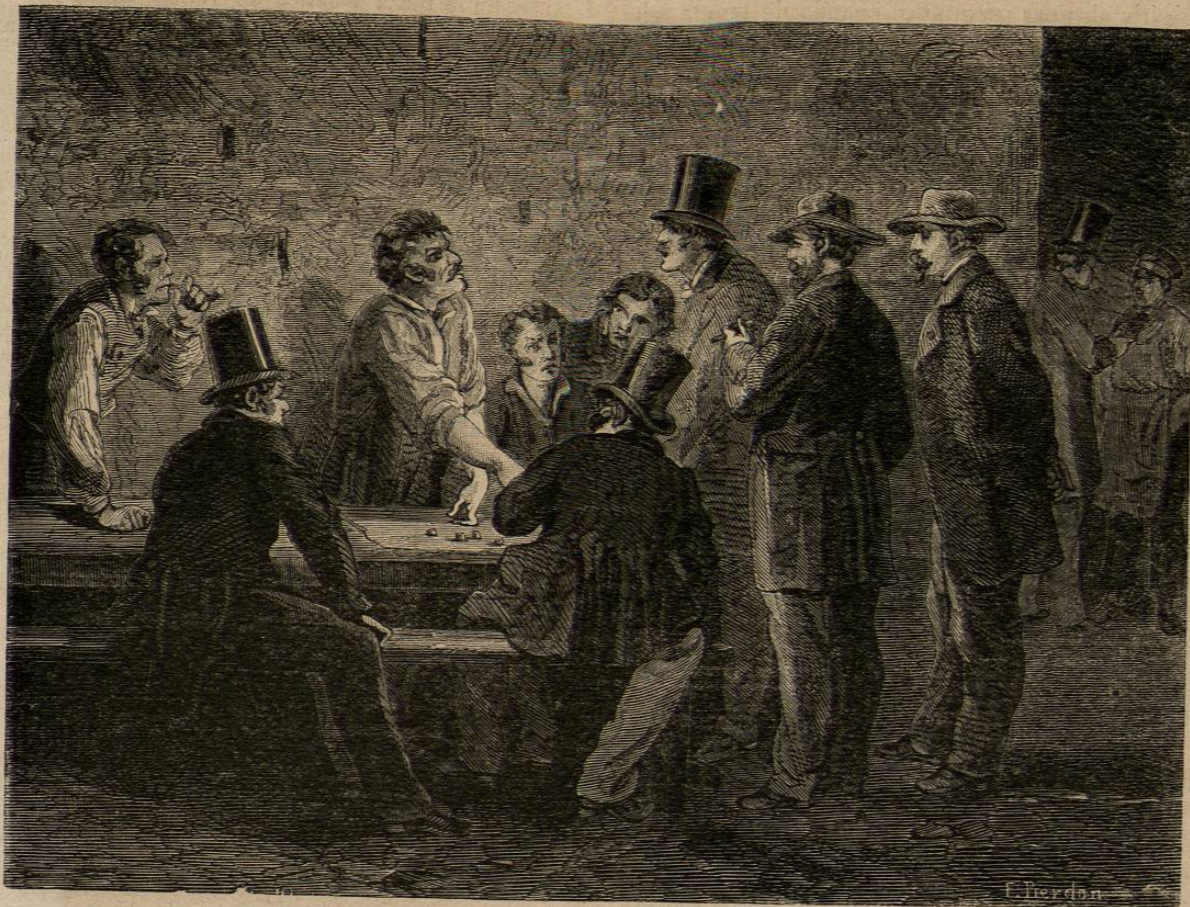


sus tres agentes, componíamos una ronda de ocho hombres; de forma que cada uno de nosotros tenía dos ojos que velasen por su seguridad, y podíamos marchar tranquilos.

Desfilamos á dos de fondo por la acera silenciosamente; y muy luego, dejando la calle de Leman, que es ancha y bien alineada (es de observar que en

mas de uno de los barrios pobres de Londres se encuentran alguna vez grandes arterias dignas de barrios menos miserables) nos engolfamos en un dedalo de callejuelas estrechas y tortuosas. Estos sitios casi desiertos durante el dia están en extremo animados por la noche.

Todas las tiendas estaban alumbradas; y las ta-



El escamoteador.

bernas atestadas de gente hasta las puertas, ante muchas de las cuales formaban cola los bebedores.

A cada paso tropezábamos con grupos de obreros y marineros cantando ó disputando y medio ébrios. En todas las esquinas habia muchachas rubias y pálidas, cuya belleza igualaba á veces á su juventud; pero pobrísimamente vestidas, con los pies y piernas desnudos, el cabello desordenado y el pecho apenas cubierto, apostrofando á los pasantes con voz enronquecida.

La tranquilidad y el órden que en cierto modo reinaba en todo esto, nos hicieron adivinar que no habia llegado aun la hora de las innobles saturnales, y que los habitantes de la Londres nocturna no hacian mas que empezar.

Para entretenernos hasta el momento oportuno nos llevó Mr. Price en *Grace's alley* al *Principe de Dinamarca*, grande establecimiento en forma de teatro. A la entrada fue reconocida la policia y se nos dejó pasar sin billetes. El *Principe de Dinamarca* es un café cantante y danzante muy en boga, donde se exhiben tambien perros y monos sabios, y donde los barqueros ejecutan ejercicios de fuerza en el trapecio y en la cuerda tirante; todo lo cual nos divirtió algunos momentos. Los asistentes tomaban grande interés en el espectáculo, y nada observamos allí de extraordinario ni en los trages ni en los rostros. Positivamente Mr. Price queria proceder por grados.

En efecto, no tardamos en recorrer diversos cafés cantantes, cuyos actores y espectadores eran mari-



Un dormitorio de «common lodging house.»

neros extranjeros, y desvergonzadas mujeres indígenas. En uno de estos sitios quiso uno de los bailarines darnos muestra de la giga británica; y era

de ver á aquel moceton dar cabriolas sobre el tablado hasta quedar sin aliento. En torno suyo, y sin quitar ojo de sus saltos y trezados, se agrupaban

otros camaradas del *artista*, muchachas vestidas en traje de baile y mujeres de mas edad. Tuvimos que esperar hasta el fin y fuimos testigos de los aplausos y felicitaciones. Despues se nos ofreció cerveza y ponche con tanta amabilidad que era fuerza aceptar. Cuando se está entre lobos, como dijo el otro, es fuerza ahullar como ellos.

Trincamos, pues, con *aquellas señoras* que acudieron diligentes á sentarse entre nosotros, sin que sus compañeros mostrasen echarlo á mala parte, y no queriendo ser menos complacientes, llevamos nuestra galantería hasta pagar el gasto del convite que se nos habia hecho, lo que nos valió el singular honor de ser acompañados hasta la puerta, y gratificados con el epíteto de *gentlemen* por parte de nuestros nuevos conocidos.

Mr. Price que nada queria ocultarnos, nos mostró las casas mas asquerosas de aquellos ignobles barrios; y quedamos sorprendidos encontrando en ellas una tranquilidad y una limpieza desconocidas generalmente en sitios semejantes. Hasta observamos que las miserables criaturas que habia en aquellos tristes chirivitiles parecian experimentar el sentimiento propio de su situacion, pues se presentaron á sus inesperados visitantes con rubor en la frente, la cabeza inclinada, respondiendo con embarazo á las preguntas que se las dirigieron.

La policia, velando de continuo paternalmente sobre nosotros, nos condujo desde allí á las *fondas* del barrio. Primero visitamos en *Well close Square* una casa de huéspedes para marineros, y creo escusado decir que los señores huéspedes estaban en aquel momento fuera de casa rindiendo culto á Baco, á pesar de lo avanzado de la hora. No por eso se mostró menos orgulloso el amo de la casa John Seymour al enseñarnos sus habitaciones como un *cicerone* bien educado. «Reparad, nos decia, cuán bien arreglado está todo, y cómo he sabido sacar del local todo el partido posible. En el mar, mis gentes, solo se acuestan en hamacas; pero aquí disfrutan de verdaderos camarotes.» Y nos enseñaba unas como cómodas grandes, á las cuales se hubiese quitado las delanteras de los cajones, donde estaban sobrepuestas las camas de los marineros. «Mirad, mirad, añadía descubriendo varias de ellas, como quien presenta su mercancía, cada una tiene su jergon, su sábana y su colcha. Esto cuesta tres *pence* (unos dos reales) por noche, y cada huésped tiene su número.» Y en hecho de verdad, mister John tenia razon; por semejante precio su casa podia llamarse magnífica.

Habiendo comenzado á visitar dormitorios, monsieur Price, procediendo en nuestra exploracion con el orden que en todo procuran los ingleses, nos condujo á *East London Chambers*, grande establecimiento que, dedicado esclusivamente á dormitorios

de obreros, ocupa cinco casas en *Wentworth street*. Su disposicion es verdaderamente notable: en los comedores hay estancias separadas como en los *restaurants* de buen tono, donde cada uno puede comer sin ser visto de nadie. Es cosa sabida que á los ingleses les gusta mucho estar emparedados en ciertos parajes públicos, como caballos en cuadra: el anglosajon se acomoda de buen grado al aislamiento, como amigo que es del *yo* sobre todas las cosas.

En todas las piezas habia filas de camas arriadas á las paredes, y numeradas. En cada piso tenian los huéspedes una especie de tocador: y en los bajos una cocina comun á disposicion de todos los que querian guisarse sus comidas. En la sala comun ardía continuamente un buen fuego en la gran chimenea, y sus paredes estaban llenas de inscripciones recomendando la decencia en obras y palabras, é intimando á los boxadores la orden de ir á practicar en otra parte el pugilato. William Proole, dueño de este establecimiento modelo, nos lo enseñaba con gran satisfaccion suya.

Era ya mas de media noche: las tabernas y las calles se llenaban mas y mas de una turba de gentes de aspecto nada tranquilizador. Algunos tunantes, con quienes tropezábamos al paso, nos examinaban de reojo como calculando el partido que podian sacar de nosotros; pero al punto, reconociendo á la policia, afectaban un aspecto mas desinteresado, y algunos saludaban politicamente á Mr. Price llamándole por su nombre.

En una taberna donde entramos y que por cierto estaba llena de ladrones, *all thieves*, como me dijo el inspector, sitio donde reinaba la mayor animacion y donde podian estudiarse grupos característicos; fue de nuevo reconocido, saludado y obsequiado monsieur Price. Uno de aquellos ladrones se le acercó. Paréceme que aun le estoy viendo: era un hombre pequeño, flaco, asqueroso, con los cabellos desordenados, barba larga y descuidada, ojos sin cejas, encarnados, de mirada incierta, inyectados de alcohol; el rostro surcado de arrugas, la nariz partida, quizás destruida, como la de Miguel Angel, por el trompis de un boxador, y toda la piel de un color uniforme de pergamino sucio.

—¡Oh, estimadísimo Mr. Price! Al fin os vemos por aquí, dijo al inspector. ¿Cómo va de salud? *How do you feel?*

Y le cogió la mano con las dos suyas, y hasta lo abrazó.

—¡El bueno de Mr. Price, nuestro querido inspector! *Our dear inspector!* Esclamó el tunante mostrándole á sus camaradas; y creo que casi estaba tentado á apellidarle el padre de los ladrones, providencia de los *pick-pockets*.

Mr. Price le dejaba hacer sin perder su calma é

impasibilidad, manteniéndose siempre digno como conviene á un inglés, sobre todo si es inspector de policia; pero en su semblante parecia leerse este pensamiento:

—Hijo mio, como caigas en una nueva tentacion, verás si te me escapas. Si te pilló con las manos metidas en el bolsillo de otro, sabrás si la policia se deja conmovier por hipócritas caricias.

Los demás ladrones presentes aunque menos expresivos rodearon todos á Mr. Price, demostrando esperimentar hácia él una especie de deferencia y respeto filial: algunos, ya medio ébrios llegaron hasta ofrecerle en el mostrador un vaso de *wisky*. Entre toda aquella gente no habia un solo individuo con el cual no hubieran tenido que ver alguna vez Mr. Price ó sus agentes: todos eran conocidos como hábiles ladrones; pero era necesario para prenderlos pillarlos de nuevo *in fraganti*; y en el entretanto se les dejaba beber tranquilamente y trabajar en su industria.

Salimos de la taberna llamada de los *pick-pockets*, que deja muy atrás la del *Conejo blanco*, famosa en otro tiempo, en la calle de los Féves, y altamente celebrada en los *Misterios de Paris*, y nos fuimos á *Flower and Dean street*, es decir, á la calle de la Flor y del Dean. Estos nombres contrastan singularmente con el lugar que íbamos á visitar. Era una casa de huéspedes asquerosa, dedicada principalmente á los vagamundos, á los mendigos, á las mujeres de mas baja esfera, y en fin, á los ladrones: *lodging for tramps, beggars, prostitutes and thieves*, me dijo al oido Mr. Price al coger el aldabon. Un portero viejo de oscilante paso nos abrió la puerta. Alguno que otro durmiente habia en las estancias, á quienes no despertaron nuestros pasos. En el ruido fatigoso de su respiracion, en los ronquidos sonoros de uno de ellos, en los movimientos bruscos y convulsivos que interrumpian el sueño de otro, era fácil conocer que aquellos señores estaban durmiendo una *mona* reciente. Aquel era un reposo turbado por ensueños y agitado por los vapores del *gin*, del *brandy* ó del *porter*, licores incendiarios, á que son tan aficionados aquellos groseros britanos.

El mueblaje del establecimiento estaba en armonía con sus habitantes. La escalera era una verdadera trampa; las paredes horriblemente grasientas, y por todas partes se exhalaba un olor malsano, *sui generis*, olor de vestidos viejos y sucios, de botas viejas y rancias, de trapos podridos y de todo lo que puede imaginarse de mas nauseabundo.

Pronto se nos hizo insufrible aquella atmósfera desdichada, y salimos, echando primero una mirada al refectorio, donde amontonados sobre los bancos y tendidos en el suelo, formando grupos semejantes á los *piojosos* de Murillo, dormian una porcion de muchachos infelices casi desnudos.

Estos vagos pequeños, cuyos padres están sin duda *abrigados en la casa grande*, empiezan de esta suerte su vida en el abandono, en la miseria y en la ignorancia. ¡Hombres prometidos al vicio y á las cárceles, dignos hijos de sus padres! ¡Qué de estrañar que el pauperismo haga cada dia mayores estragos en Lóndres, y que á pesar de tanta institucion con pretensiones de caritativa, la vagancia, la mendicidad, el robo, la degradacion, el asesinato, tengan siempre tan numerosos adeptos en la moderna Babilonia!

Si en la calle de la Flor y del Dean hay posadas tan poco decentes, peores son todavía las de *Lower Keate street*, frecuentadas por los ladrones mas hábiles y peligrosos, *thieve of the most expert class*, segun la calificacion de Mr. Price, que los conocia perfectamente. Allí es donde habitan esos *pick pockets* de reputacion europea, que explotan en toda regla á Lóndres y á la Inglaterra entera, meditando larga y profundamente sus golpes, como verdaderos jugadores de ajedrez; estafadores reunidos en sociedad con sus jefes y sus reglamentos, y que en ocasiones salen por temporada del Reino-Unido, y van á turbar la tranquilidad de las familias con sus audaces empresas á París y á Viena.

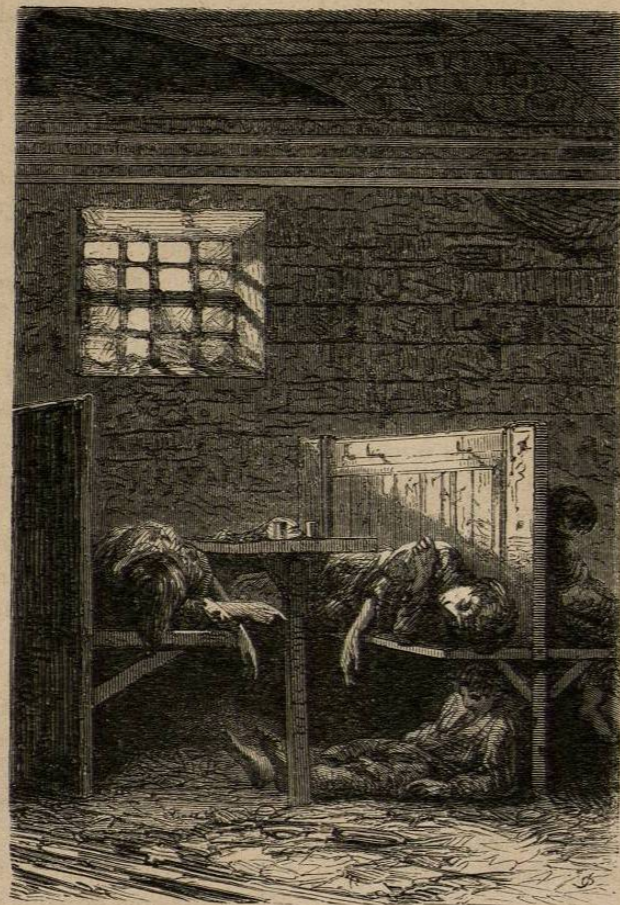
Corramos un velo sobre estas cuevas de ladrones, que la policia inglesa tolera y aun autoriza, segun dicen, para tender mas fácilmente sus lazos y ratoneras, y conduzcamos al lector directamente á *Montagne street*, donde encontraremos una serie de posadas mas decentes en la apariencia. En ellas se alojan los prestidigitadores, los charlatanes, los barqueros, los gitanos, los músicos callejeros y toda la chusma contrabandista que asiste á las ferias, á las carreras, y otras solemnidades públicas.

Allí al menos pasamos un rato agradable, y uno de los habitantes de aquel mundo nómada, queriendo darnos una muestra de su habilidad, ejecutó delante de nosotros algunas suertes de naipes, cubiletes y escamoteo que no carecian de mérito. La mas curiosa de ellas consistia en atar con fuerte nudo en la punta de un pañuelo una pieza de un *shilling* (unos 5 reales) que pedia á uno de nosotros, y luego desataba el nudo mostrándonos en lugar de la moneda de plata un *penny* de cobre (como 3 cuartos), que devolvía á su dueño con esa esquisita delicadeza peculiar á los prestidigitadores. Nosotros aceptamos con complacencia esa trasformacion de metal, que se repitió varias veces en nuestro perjuicio, tan contraria al metodo de los alquimistas que buscaban el modo de convertir el cobre en plata, y el plomo en oro, los metales *viles* en metales *nobles*, como se decia en los buenos tiempos de los *sopla-hornillos*.

Continuamos nuestra escursion custodiados siempre por la policia, sin cuya poderosa proteccion hu-

biéramos sido positivamente despojados hasta de la camisa... (Perdonen las inglesas que me atreva á pronunciar esa palabra, que en este lugar es de circunstancias).

Tropezando con borrachos que aun marchaban culbreando, con otros que ya dormían en las aceras y el arroyo, y con bribones de mas fuerte tempera-



Niños vagabundos durmiendo.

sin puerta, estaban acostados dos hombres en una cama; dos bandidos que nos lanzaban miradas feroces, gruñendo y maldiciendo de los *french dogs* que turbaban su reposo.

En el segundo piso encontramos la puerta cerrada, y aunque los *policemen* golpeaban, gritaban y declinaban sus nombres y cualidades para hacerse abrir, se resistieron largo tiempo los habitantes espantados, temerosos de una sorpresa.

Así estuvimos un rato como suspendidos los unos de los otros, formando un verdadero racimo humano á lo largo de la escalera: y como yo cerraba la marcha, estaba temiendo á cada momento verme apaleado por uno de los dos bandidos que quedaban

abajo, que discurrían cantando ó hablando por aquellas encrucijadas, llegamos á la mas sucia y abominable de las callejuelas. Por una puerta que estaba abierta entramos en un casuco, cuyas grietas dejaban penetrar el aire libremente. Subimos á favor de nuestras lámparas una escalera detestable: en el primer piso, en un cuarto semejante á una carbonera

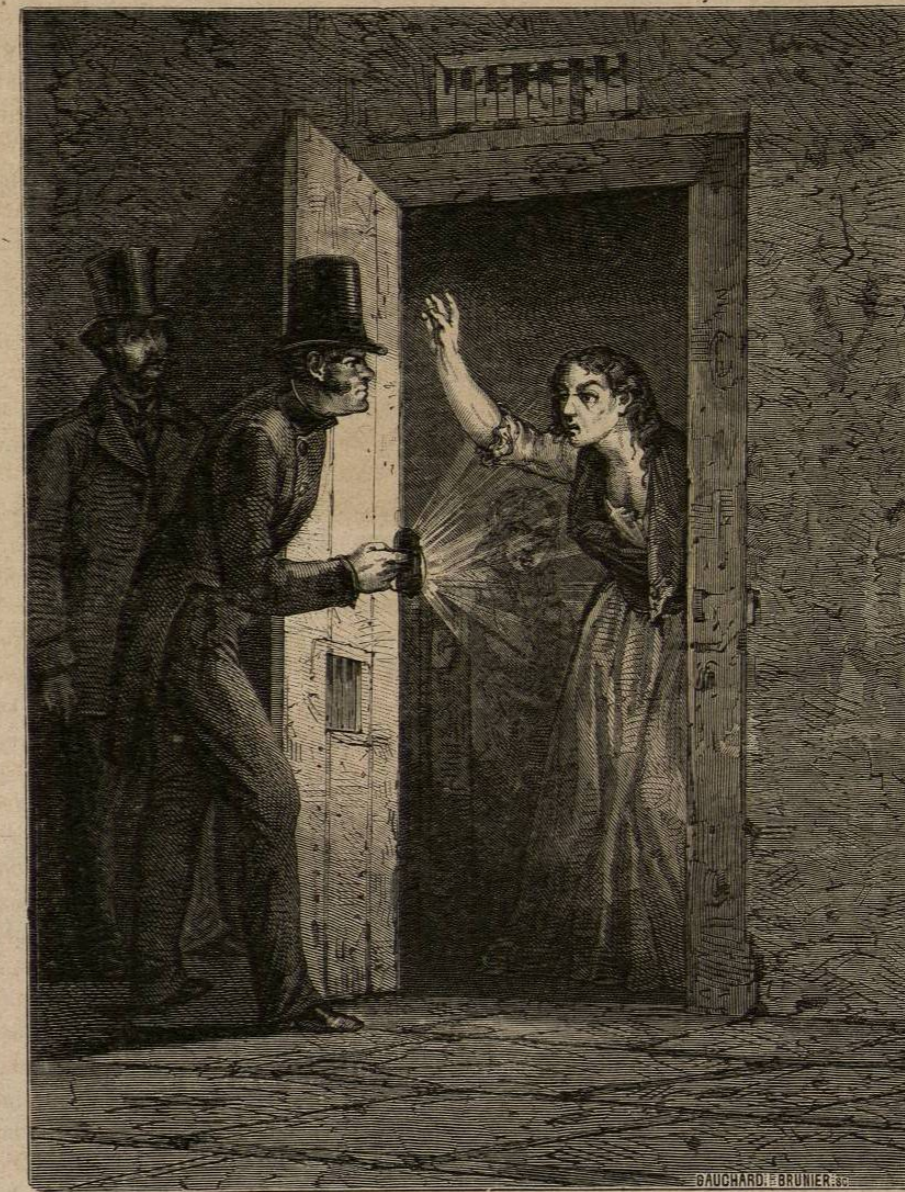
abajo y seguían renegando de nosotros y nuestro ruido.

Al fin se abre la puerta: los constables sacan todos á la vez sus linternas, y nosotros incitados por no sé qué inquieta curiosidad invadimos la estancia... ¡Qué miseria, Dios mío! ¡Es posible que existan criaturas hasta tal punto abandonadas! En las ventanas no había puertas ni cristales, y en su lugar colgaban sucios mantones á guisa de cortinas, que habían debido cubrir innumerables hombros y ventanas, pañuelos de día, cortinas de noche. En la cama, sobre un pobre jergon y bajo una mala colcha, vimos tres mujeres jóvenes apiñadas: tres muchachas de unos diez y seis años, pálidas, ya ajadas por la mi-

seria y por el hambre. ¡Cuán horroroso debe ser el invierno para esas desgraciadas criaturas! ¿Cómo pueden sufrir el frío de la noche en la estación de las escarchas? ¡Pobres muchachas que acaso no han

visto satisfecha una sola vez el hambre desde el punto en que nacieron!

Examinaba yo sus cabezas rubias que conservaban aun cierto aire de inocencia, é involuntaria-



Mujer arrestada por embriaguez.

mente recordaba en mi memoria en estos versos:

¡Oh! n'insultez jamais une femme qui tombe!  
 ¿Qui sait sous quel fardeau la pauvre ame succombe?  
 ¿Qui sait combien de jours se fait á combattu? (1).

Mr. Price hizo algunas preguntas á las pobres

(1) ¡Ah! ¡no tengais que insultar á la mujer que cae! ¿Quién sabe bajo qué peso ha sucumbido su pobre alma? ¿Quién sabe cuántos días se ha resistido contra el hambre?

TOMO VI.

mendigas, y descubrieron sus cabezas hasta entonces ocultas, no bajo la colcha, que no era para esto bastante grande, sino entre sus manos. Después, sentándose sobre la cama, juntaron púdicamente sus brazos sobre el pecho, y por fin levantaron hacia nosotros los ojos llenos de dulzura.

—¿Cómo os llamáis, señoritas? preguntó el inspector con esa política reservada que en toda circunstancia observan los ingleses con la mujer.

46